

Fué sólo autor de tanta desventura :
¡Oh cielo riguroso! ¡Oh triste suerte!
Que tantas muertes das con una muerte!
 ¡Ay dulce esposo amado!
¿Para qué te vi yo? ¿Por qué te quise;
Y por qué tu cuidado
Me hizo con las venturas infelice?
¡Oh dicha fementida y lisonjera,
Quién tus amargos fines conociera!
 ¿Qué vida es esta mía,
Que rebelde resiste á dolor tanto?
¿Por qué necia porfía?
¿Y en las amargas fuentes de mi llanto,
Atenuada, no acaba de extinguirse
Si no puede en mi fuego consumirse?

ROMANCE.

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.
 Que pues sólo en la aprehensión,
Dicen que estriban los daños ;
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.
 Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
 Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno, que es negro,
El otro prueba que es blanco.
 Á unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado,

Y lo que éste por alivio,
Aquél tiene por trabajo.
 El que está triste censura
Al alegre de liviano,
Y el que está alegre se burla
De ver al triste penando.
 Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron;
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.
 Célebre su oposición
Ha sido por siglos tantos,
Sin que cuál acertó, esté
Hasta ahora averiguado.
 Antes, en sus dos banderas,
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.
 Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario,
Y otro, que sus infortunios
Son sólo para llorados.
 Para todos se halla prueba,
Y razón en que fundarlo,
Y no hay razón para nada,
De haber razón para tanto.
 Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado.
 Pues si no hay quien lo sentencie;
¿Por qué pensáis, vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decisión de los casos?
 ¿Ó por qué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,
Queréis elegir lo amargo?
 Si es mío mi entendimiento

¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?
El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos,
De dar muerte por la punta,
Por el pomo de resguardo.
Si vos, sabiendo el peligro,
Queréis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?
No es saber, saber hacer
Discursos sutiles vanos ;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.
Especular las desdichas
Y examinar los presagios,
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros,
La atención utilizando,
Más formidable que el riesgo
Suele fingir el amago.
¡Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sabio,
Halla, de lo que padece,
En lo que ignora, sagrado!
No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.
También es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuanto menos se conoce
Es más nocivo el estrago.
Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.

Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitán la substancia al fruto
La locura de los ramos.
Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.
En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruto el otoño,
Que ostente flores el mayo?
¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?
Y á esta desdicha, por fuerza
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego,
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo,
Este pésimo ejercicio,
Este duro afán pesado,
Á los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.
¿Qué loca ambición nos lleva
De nosotros olvidados;
Si es para vivir tan poco,
¿De qué sirve saber tanto?
¡Oh, si como hay de saber
Hubiera algún seminario,
O escuela, donde á ignorar,

Se enseñaran los trabajos!
¡Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!
Aprendamos á ignorar
Pensamiento, pues hallamos,
Que cuanto añado al discurso
Tanto le usurpo á los años.

REDONDILLAS.

ARGUYE DE INCONSECUENTE EL GUSTO Y LA CENSURA
DE LOS HOMBRES, QUE EN LAS MUJERES ACUSAN LO QUE CAUSAN.

Hombres necios, que acusáis
Á la mujer sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis;
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien
Si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego con gravedad,
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco,
Y luego le tiene miedo.
Queréis con presunción necia,
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida, Thais,
Y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro,
Que el que falto de consejo,

Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.
Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis,
Que con desigual nivel,
A una culpáis por cruel,
Y á otra por fácil culpáis.
¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada,
Ó el que ruega de caído?
¿Ó cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
Ó el que paga por pecar?
¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Querédlas cual las hacéis
O hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,

Y después, con más razón,
Acusaréis la afición
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia;
Pues en promesa é instancia,
Juntáis diablo, carne y mundo.

ENDECHAS.

PROSIGUE EN RESPECTO AMOROSO, DANDO ENHORABUENAS
DE CUMPLIR AÑOS LA SEÑORA VIRREINA.

Discreta y hermosa,
Soberana Lisi,
En quien la belleza
É ingenio compiten.
Bella una vez sola;
¡Oh qué poco dije!
Discreta mil veces,
Bella otros mil miles.
No es esto alabarte;
Que para aplaudirte,
Son aún de la fama
Roncos los clarines.
Ni hacerte lisonjas
A nadie es posible,
Pues ninguna hay que
Tú no verifiques.
Porque, ¿qué alabanza
Puedo yo decirte,
Que no halle verdad
El que la averigüe?
Que si es lisonjero,
El que en lo que dice,
Ó más encarece,
Ó lo que no hay finge:

¿Qué cosa de ti
Puede discurrirse,
Que mayor no sea
De lo que se explique?
El que copia al sol,
Aunque solicite
Copiarle más bello,
Nunca lo consigue.
Pues por más que intenso
El estudio aplique,
Quedará más bello
De lo que le pinten.
Así, si tus partes
Quieren aplaudirse,
Sólo en no copiarlas
Pudieran mentirte.
Porque es tu hermosura
Tan inaccesible,
Que quien más la alaba,
Menos la define.
Tu ingenio y tus gracias
Tan imperceptibles,
Que no les da alcance
La pluma más lince.

Y así mi intención
No es de referirte
Lo que nadie entiende
Y todos repiten:
Porque todos cantan
Tus prendas sublimes,
Y cuán grandes sean
Nadie lo concibe:

Sino de tus años
Al día felice,
Dar de mis afectos
El tributo humilde.
Vive, y á tu edad
El sol que la asiste,
Nunca la mensure,
Sólo la ilumine.

Á tus primaveras
El tiempo flexible
Sirva solamente,
No las examine.
Tantos como prendas
Años multipliques;
Y ellos solamente
Cuenten tus abriles.
Pues serás eterna
Con cuenta infalible,

Si por perfecciones
Tus años se miden.
Vive en el dichoso
Consorcio apacible
De tu dulce esposo,
De tu amante firme,
Del excelso Cerda:
Que á su real estirpe
Une sus gloriosos
Personales timbres.
Y de José bello
Vínculo, que ciñe
De vuestros dos cuellos
Las amantes vides.
En cuyos progresos
Pido á Dios que mires
La piedad de Numa,
Y el valor de Aquiles;
Para que de tantos
Héroes invencibles,
Las claras memorias
En él resuciten.
Vive, porque yo,
De tus rayos Clicie,
Sólo vivo aquello
Que pienso que vives.

DÉCIMAS.

Copia divina, en quien veo
Desvanecido al pincel,
De ver que ha llegado él
Dónde no pudo el deseo;
Alto, soberano empleo,
De más que humano talento,
Exenta de atrevimiento,
Pues tu beldad increíble,

Como excede á lo posible,
No la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
Fué á copiarte suficiente?
¿Qué numen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano
Que te formó peregrino;
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento;
Pero el impulso, divino.

Tan espíritu te admiro,
Que cuando deidad te creo,
Hallo el alma, que no veo,
Y dudo el cuerpo, que miro;
Todo el discurso retiro,
Admirada en tu beldad;
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma,
Que es visible la deidad.

Mirando perfección tal,
Cual la que en ti llevo á ver,
Apenas puedo creer
Que puedes tener igual;
Y á no haber original,
De cuya perfección rara
La que hay en ti se copiara;
Perdida por tu afición,
Segundo Pigmaleón,
La animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en ti parece:
¿Posible es que de él carece

Quien roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta mano que le toca?
¿Y á que atiendas te provoca
Á mis rendidos despojos?
¿Qué, no hay luz en esos ojos?
¿Qué, no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma,
Y no te animas con ella;
Y cuando altivo atropella
Tu rigor, mi rendimiento,
Apurando el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja,
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
Respondes á mi afición,
Y otras teme el corazón,
Que te esquivas desdeñoso:
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz al rigor muere;
Pero, como quiera, adquiere
La dicha de poseer,
Porque al fin, en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
Á mí me ha dado el pincel,
Lo que no puede el amor:
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío;
Pues aunque muestres desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres impasible
Pero no que no eres mío.

VILLANCICO.

Aquella zagala
 Del mirar sereno,
 Hechizo del soto,
 Y envidia del cielo:
 La que al mayoral
 De la cumbre excelso,
 Hirió con un ojo,
 Prendió en un cabello:
 Á quien su querido
 Le fué mirra un tiempo,
 Dándole morada
 Sus cándidos pechos:
 La que rico adorno
 Tiene por aseo,
 Cedrina la casa
 Y florido el lecho:
 La que se alababa,
 Que el color moreno
 Se lo iluminaron
 Los rayos Febeos:
 La por quien su esposo
 Con galán desvelo
 Pasaba los valles,
 Saltaba los cerros:

La del hablar dulce,
 Cuyos labios bellos
 Destilan panales,
 Leche y miel vertiendo:
 La que preguntaba
 Con amante anhelo
 Dónde de su esposo
 Pacen los corderos:
 Á quien su querido
 Liberal y tierno,
 Del Líbano llama
 Con dulces requiebros:
 Por gozar los brazos
 De su amante dueño,
 Trueca el valle humilde
 Por el monte excelso.
 Los pastores sacros
 Del Olimpo eterno,
 La gala le cantan
 Con dulces acentos.
 Pero los del valle,
 Su fuga siguiendo.
 Dicen presurosos
 En confusos ecos:

ESTRIBILLO.

Al monte, al monte, á la cumbre;
 Corred, volad, zagales,
 Que se nos va María por los aires:
 Corred, corred, volad á prisa, á prisa,
 Que nos lleva robadas las almas y las vidas,
 Y llevando en si misma nuestra riqueza,
 Nos deja sin tesoros el aldea.

FRAGMENTOS

DEL

AUTO SACRAMENTAL DEL DIVINO NARCISO.

NATURALEZA.

De buscar á Narciso fatigada,
 Sin permitir sosiego á mi pie errante
 Ni á mi planta cansada,
 ¡Qué tantos ha ya días, que vagante
 Examino las breñas
 Sin poder encontrar más que las señas!
 Á este bosque he llegado, donde espero
 Tener noticias de mi bien perdido;
 Que si señas confiero,
 Diciendo está del prado lo florido,
 Que producir amenidades tantas
 Es por haber besado ya sus plantas.
 ¡Oh! cuántos días ha que he examinado
 La selva flor á flor, y planta á planta,
 Gastando congojado
 Mi triste corazón en pena tanta,
 Y mi pie fatigando vagabundo
 Tiempo, que siglos son, selva, que es mundo!
 Díganlo las edades que han pasado,
 Díganlo las regiones que he corrido,
 Los suspiros que he dado,
 De lágrimas los ríos que he vertido,
 Los trabajos, los yerros, las prisiones
 Que he padecido en tantas ocasiones.
 Una vez, por buscarle, me toparon
 De la ciudad las guardas, y atrevidas
 No sólo me quitaron
 El manto, mas me dieron mil heridas
 Los centinelas de los altos muros,
 Teniéndose de mí por mal seguros.

¡Oh, ninfas que habitáis este florido
Y ameno prado! ansiosamente os ruego,
Que si acaso al querido
De mi alma encontrareis, de mi fuego
Le noticiéis diciendo mi agonía
Con que de amor enferma el alma mía.

Si queréis que os dé señas de mi amado,
Rubicundo esplendor le colorea
Sobre jazmín nevado,
Por su cuello rizado ofir pasea;
Los ojos de paloma, que enamora
Y en los raudales transparentes mora.

Mirra olorosa de su aliento exhala;
Las manos son al torno, y están llenas
De jacintos por gala,
Ó por indicios de sus graves penas;
Que si el jacinto es *ay* entre sus brillos,
Ostenta tantos *ayes* como anillos.

Dos columnas de mármol sobre basas
De oro, sustentan su edificio bello,
Y en delicias no escasas,
Suavísimo es y ebúrneo el blanco cuello
Y todo apetecido y deseado:
Tal es, oh ninfas, mi divino amado.

Entre millares mil es escogido,
Y cual granada luce sazónada
En el prado florido,
Entre rústicos árboles plantada:
Así sin que ningún zagal le iguale,
Entre todos los otros sobresale.

Decidme dónde está el que mi alma adora,
Ó en qué parte apacienta sus corderos,
Ó hacia dónde á la hora
Meridiana descansan sus luceros,
Para que yo empiece á andar vagando
Por los rediles que le voy buscando.

Mas por mi dicha ya cumplidas veo
De Daniel sus semanas misteriosas,
Y logra mi deseo

Las áegres promesas amorosas
Que me ofrece Isaías
En todas sus sagradas profecías.

Pues ya nació aquel niño hermoso y bello;
Y ya nació aquel hijo delicado
Que será gloria al vello,
Llevando sobre el hombro el principado,
Admirable Dios, fuerte y consejero,
Rey y padre del siglo venidero.

Ya brotó aquella vara misteriosa
De Jesé la flor bella, en que descansa
Sobre su copa hermosa
Espíritu divino, en que afianza
Sabiduría, consejo, inteligencia,
Fortaleza, piedad, temor y ciencia.

Ya el fruto de David tiene la silla
De su padre; ya el lobo y el cordero
Se junta y agavilla
Y el cabritillo con el pardo fiero,
Junto al oso el becerro quieto yace,
Y como buey el león las pajas paca.

Recién nacido infante, quieto juega
En el cóncavo de áspid ponzoñoso,
Y á la caverna llega
Del Régulo nocivo, niño hermoso,
Y la manilla en ella entra seguro,
Sin poderlo dañar su aliento impuro.

Ya la señal, que Acáz pedir no quiso
Y Dios le concedió sin él pedirla,
Se ve, pues ya Dios hizo
La nueva, la estupenda maravilla,
Que á la naturaleza tanto excede,
De que una virgen para, y virgen quede.

Ya á Abraham se ha cumplido la promesa
Que Dios reiteró á Isaac, de que serían
En su estirpe y nobleza
Bendecidas las gentes que nacían
En todas las naciones
Para participar sus bendiciones.